

LA SUERTE

Junio 2022

Ella seguía postrada en la cama, conectada a un sinfín de aparatos; la rodeaban batas blancas con cara de preocupación. Al fondo, el océano parecía en una calma tensa y se mimetizaba con el cielo azul.

Los miré a través de aquel enorme ventanal y cogí un pañuelo para secarme el sudor. Noté la vibración del móvil, era un mensaje de texto: «Todo saldrá bien. Ya verás». En ese momento, los médicos salían de la habitación. Era el momento.

Se acercaron a mi suegra y una sonrisa los delató.

—Todo ha salido perfecto. Su hija ya tiene un nuevo corazón. Enhorabuena.

Nos abrazamos, lloramos, sentimos la felicidad en grado superlativo. Aún con los ojos llenos de lágrimas busqué mi teléfono y abrí el WhatsApp. Fui escribiendo las letras a la vez que escuchaba el ritmo frenético de mi pulso: «Gracias. Te debo la vida. Se ha salvado».

Guardé el teléfono mientras veía cómo toda la familia seguía abrazada. Sabía que aquella imagen nunca se repetiría. Solo por

eso todo había merecido la pena. Mi suegra vino hacia mí y vi la emoción en sus ojos. Me apretó muy fuerte y me habló entre sollozos.

—Te lo debo todo. La vida de mi hija, mi familia... Nunca te lo agradeceré lo suficiente. No sé cómo lo has conseguido, querido. De qué manera pudiste cambiar el destino en menos de 48 horas... —Se le quebró la voz y volvió a abrazarme con fuerza.

El médico la llamó, era el momento de entrar y ver a su hija. Yo cogí el móvil, tenía un mensaje: «Ahora te toca cumplir tu parte».

Había salvado una vida, pero todo tiene un precio.